Dos significados del ‘es’

El horizonte de Heidegger y el Punto de Cruce

Oscar Gaitan

2026

Nota sobre la relación con trabajos anteriores

Este ensayo continúa temas desarrollados en trabajos anteriores sobre presencia, temporalidad y fundamento ontológico, pero no es una repetición de esos argumentos. Donde el ensayo previo abarcaba ampliamente la fenomenología, la metafísica y la reflexión teológica, el presente estudio estrecha su enfoque a un único interlocutor: Martin Heidegger. Su propósito es examinar, de forma más concentrada, si el relato de Heidegger sobre el Ser tal como se revela a través de la temporalidad aborda de manera suficiente la pregunta distinta del fundamento ontológico.

Introduccion

Hay una pregunta tan fundamental que la filosofía occidental pasó siglos rodeando en vez de atravesar. Martin Heidegger la llamó la *Seinsfrage* —la pregunta por el Ser— y tuvo razón al señalar que la tradición había olvidado en gran medida formularla. ¿Qué significa realmente el ‘es’ en cualquier enunciado de existencia? No qué *son* las cosas, que es el asunto de la ciencia y la lógica, sino qué está haciendo el *‘es’* —a qué apunta, qué lo fundamenta, qué lo mantiene abierto.

Este ensayo sostiene que Heidegger recuperó correctamente la pregunta por el Ser, pero el horizonte temporal no basta como fundamento ontológico.

El argumento avanza en dos etapas: primero, concediendo pleno peso a la fenomenología heideggeriana de la existencia finita; segundo, preguntando si el horizonte fenomenológico basta como relato del

fundamento ontológico. El proyecto de Heidegger es fenomenológico y no causal: analiza el significado del Ser tal como se revela a través del Dasein, en vez de preguntar qué sostiene metafísicamente al Ser. La presente crítica no cuestiona esto como proyecto fenomenológico. Formula una pregunta previa: si las condiciones de la revelación pueden funcionar también como condiciones de la persistencia. Inteligibilidad y sustento no son el mismo problema, y un relato que aborda el primero no resuelve automáticamente el segundo.

La respuesta de Heidegger a su propia pregunta fue el tiempo. El Ser se vuelve inteligible, argumentaba, solo contra el horizonte de la temporalidad. El ser humano —*Dasein*, el ente para quien el Ser es una pregunta— comprende la existencia porque es radicalmente temporal: arrojado a un mundo que no eligió, siempre proyectándose hacia adelante, ya siempre extendido entre el nacimiento y la muerte. El horizonte que otorga peso y urgencia al Ser es la finitud. Es la conciencia del *ser-para-la-muerte* lo que arranca al Dasein de su cómodo dejarse llevar en el anónimo *das Man* y lo obliga a la existencia auténtica —hacerse cargo de su posibilidad más propia, que nadie puede arrebatarle y nadie puede afrontar en su lugar.

Este es un logro genuino. El relato heideggeriano de la temporalidad extática —el modo en que el Dasein no existe como un punto en el tiempo sino como una estructura extendida de *haber-sido*, *presente* y *estar-a-punto-de-ser*— ilumina la condición humana finita con una potencia que ninguna filosofía anterior había igualado del todo. El peso existencial que devuelve a la vida ordinaria, al momento de la decisión, a la irreversibilidad de lo que ha sido —estas son observaciones reales sobre lo que significa existir en el tiempo, y ninguna consideración seria de la pregunta por el Ser puede permitirse ignorarlas.

Pero el marco propuesto aquí se aparta de Heidegger en un punto estructural preciso. No niega la temporalidad como estructura de la experiencia humana. Niega solo que la temporalidad, por sí misma, pueda servir como condición sustentadora última del Ser. El análisis extático de Heidegger sigue siendo válido como descripción de cómo está *estructurada* la existencia finita. Lo que deja sin abordar es la pregunta que todo relato de inteligibilidad enfrenta también en su fundamento: qué hace que lo que es inteligible esté *disponible en absoluto*. La pregunta por la revelación no elimina la pregunta por la persistencia ontológica. Explicar cómo el Ser se manifiesta al Dasein no es aún explicar qué impide que lo que se manifiesta deje de hacerlo.

Antes de continuar, una nota terminológica. “Horizonte” y “centro” son términos heurísticos para dos modelos explicativos distintos,

no imágenes poéticas. *Horizonte* nombra el modelo de inteligibilidad basada en el límite: el Ser se vuelve significativo contra el borde de la existencia finita, y ese borde es la muerte. *Centro* nombra el modelo de actualización basada en la fuente: el Ser está fundamentado no en el límite de la curva sino en el punto invariante por el que la curva debe pasar continuamente. La elección entre ellos es la elección entre dos relatos de lo que el 'es' requiere en última instancia.

El 'es' de Heidegger es basado en el horizonte. Irradia hacia afuera desde el Dasein hacia el límite de la muerte, adquiriendo su significado de la finitud, del borde de la existencia contra el cual todo lo demás recibe su contorno. El movimiento siempre avanza por la superficie del tiempo, hacia un horizonte que confiere urgencia a toda la trayectoria. Pero un horizonte en una superficie curva no es una frontera. Es un efecto visual producido por la curvatura. Un barco que navega hacia él no se acerca a un límite —la superficie se curva bajo el barco y el horizonte simplemente se reforma más adelante. Ningún movimiento a lo largo de la superficie llega jamás a la base del Ser. Porque la base, si la hay, no puede estar en la superficie. El horizonte explica por qué la existencia finita se siente urgente. No explica qué mantiene actual la existencia finita.

Si el horizonte da cuenta de la inteligibilidad pero no del sustento, se requiere otro modelo.

El 'es' propuesto aquí está basado en el centro. No irradia hacia un límite; converge hacia un punto. Ese punto es el Ahora —la condición invariante de actualización en la que las posibilidades se convierten en eventos determinados. Hablar del "Ahora" no es reclamar un fragmento mensurable del tiempo del reloj. Toda descripción temporal ya presupone un punto de ocurrencia actual; el Ahora nombra esa presuposición —la condición que todo evento temporal requiere pero que ningún evento temporal puede explicar. El Ahora no es una duración breve. No tiene espesor. Es lo que hace posible la duración. Y no se mueve. Lo que experimentamos como el flujo del tiempo es la sucesión de eventos continuamente actualizados dentro de él. El Ahora permanece. Lo que pasa es lo que pasa a través de él.

Esto cambia lo que el 'es' significa estructuralmente.

Para Heidegger, el 'es' está siempre ya en tránsito —constituido por la facticidad, la proyección y la anticipación de un fin. Es un "es" definido por aquello hacia lo que se mueve y aquello desde lo que ha sido arrojado. Inherentemente extático: se situa fuera de sí mismo en el pasado y el futuro, definido por la extensión entre lo que ha sido y lo que está a punto de ser. El momento más

profundo de este ‘es’ es solitario —el Dasein haciéndose cargo de su posibilidad más propia en radical aislamiento, porque esa posibilidad no puede delegarse ni compartirse. La autenticidad, para Heidegger, es finalmente un rostro vuelto hacia la propia muerte con ojos abiertos, y el encuentro es irreductiblemente singular.

Para este marco, el ‘es’ se actualiza en el punto de cruce —y el punto de cruce no es un momento de confrontación solitaria con la finitud sino el centro ontológico de máxima apertura. Es donde la voluntad se encuentra con lo que la fundamenta, donde reside la capacidad para la decisión genuina, donde el retorno es estructuralmente posible en cada momento. El momento más profundo del ‘es’ no es el aislamiento. Es la intersección —cuando dos presencias se encuentran dentro del único Ahora compartido y ocurre algo que no puede reducirse a información intercambiada o roles desempeñados. La mismidad no es meramente posibilidad privadamente poseida; es capacidad de presencia, y la presencia alcanza una actualidad más plena en el encuentro que en el aislamiento. Un ser constituido por la relación no es menos sí mismo en esa relación —es más plenamente lo que es.

Más decisivamente: el relato de Heidegger no puede responder a la pregunta de qué mantiene abierto el Ahora. Si el Ser está fundamentado en el horizonte temporal, y el horizonte es en sí mismo un rasgo del Dasein finito, entonces la cadena de dependencias termina en la contingencia —en un ente que está arrojado, que no eligió su existencia y que terminará. El ‘es’ de un ente contingente no puede ser su propia fuente. Una cadena de estados contingentes, por larga que sea, no constituye un fundamento. Constituye una pregunta sobre qué fundamenta la cadena.

La contingencia bruta sigue siendo una posibilidad lógica: uno puede simplemente aceptar que la realidad existe como un hecho dado, sin mayor fundamentación. Pero la contingencia bruta funciona como un punto de detención más que como una explicación. Nombra el lugar donde la indagación cesa en vez del lugar donde encuentra lo que busca. El presente argumento no afirma que un fundamento autosustentado pueda derivarse por necesidad lógica. Pregunta si existe un relato más suficiente —si la exigencia estructural que plantea la pregunta puede satisfacerse en vez de suspenderse.

El argumento estructural aquí sigue esa cadena hasta su término. El tiempo depende del cambio. El cambio depende de la materia y el espacio que se transforman. El Ahora depende de lo que lo mantiene abierto —y el Ahora, al no tener espesor propio ni reservas de las que disponer, requiere una condición sustentadora que no esté ella

misma dentro de la sucesión de Ahoras dependientes. Esa condición debe ser lo que el Ahora no puede ser: no derivada, autosustentada, fuera de la sucesión que hace posible.

La tradición filosófica clásica ha nombrado este término desde varias direcciones, llegando al mismo requisito estructural a través de distintos enfoques. Aristóteles lo alcanzó mediante el argumento del movimiento: un primer motor, él mismo no movido, pura actualidad sin potencialidad —la fuente que sostiene el movimiento sin requerir ella misma una fuente previa. Tomás de Aquino lo identificó como *esse ipsum subsistens* —el Ser mismo subsistente, el acto de ser como tal, no recibido en ningún sujeto sino idéntico a su propia actualidad. Estos no son adornos teológicos. Son el término de un argumento estructural sobre qué fundamenta la existencia contingente. La tradición bíblica llega a la misma posición desde una dirección diferente: cuando Moisés pide el nombre divino en el Éxodo, la respuesta no es un nombre propio sino un enunciado gramatical —*YO SOY EL QUE SOY*— presente puro, no calificado, autosustentado. Tanto si esta fórmula se recibe como revelación, como afirmación filosófica en forma narrativa, o como coincidencia con lo que el argumento metafísico requiere independientemente, el punto estructural que codifica es el mismo: lo que fundamenta la presencia contingente no puede ser contingente. Lo que mantiene abierto todo 'es' debe él mismo simplemente y no derivativamente *ser*.

El 'es' de este marco es el acto de ser actualizado en el punto de cruce invariante del Ahora —constitutivamente relacional, orientado direccionalmente por la voluntad, y fundamentado no en el horizonte temporal de la finitud sino en la actualidad autosustentada que mantiene abierto cada momento de la existencia desde fuera del plano de la sucesión por completo.

Heidegger escuchó correctamente la pregunta por el Ser. Se volvió hacia el horizonte para responderla. El horizonte es real —es como aparece el 'es' desde dentro de la superficie del tiempo. Pero el horizonte no es la base. La base no está adelante en la superficie. Es lo que impide que la superficie cese —la fuente ontológica que la superficie misma no puede generar y a la que no puede llegar moviéndose a lo largo de sí misma. Lo que fundamenta la presencia contingente no puede ser contingente. Lo que mantiene abierto el Ahora no puede estar dentro del Ahora.

La tradición clásica nombra tal actualidad autosustentada en el lenguaje del Éxodo: *YO SOY EL QUE SOY*. Tanto si ese nombre se recibe como revelación o como la formulación más precisa disponible para lo que el argumento estructural requiere independientemente, la exigencia que satisface es la misma: no un horizonte en el borde de la existencia, sino el fundamento en su centro —el único 'es'

que no necesita ningún fundamento detrás de Él, porque Él mismo es el fundamento.

Referencias

Aristóteles. *Física*. Varias ediciones.

Heidegger, Martin. *Ser y tiempo*. Traducción de John Macquarrie y Edward Robinson. Nueva York: Harper & Row, 1962.

La Santa Biblia. Libro del Éxodo; Evangelio de Lucas.

Aquínas, Tomás. *Suma Teológica*. Varias ediciones.